

si las varas y los azotes caian sobre la cabeza, ó sobre las delicadas espaldas, del que habia descendido á la tierra para salvar á todo el linaje humano.

Y á los primeros y fieros golpes que recibió Jesucristo, las divinas carnes se abrieron ya, y las varas y los azotes despedazaban la humanidad del Verbo Eterno, dejando una larga y ancha herida donde quiera que caian los impíos instrumentos del suplicio.

Desde los primeros golpes, Jesucristo experimentó un dolor tan vivo, tan intenso, tan desgarrador como fue posible que su divina humanidad sintiera, y viendo que las fuerzas le faltaban, y sintiendo que su cuerpo se desplomaba, no pudo sostenerse ya, se dejó caer, quedándose tembloroso, suspendido del a cuerda que amarraba fuertemente sus brazos.

No por eso los viles verdugos cesaron de azotarle, sino que sin mirar dónde sus furiosos golpes caian, hendíanle la cabeza, el rostro, el pecho, el vientre, los hombros y las espaldas... Y de todas partes brotaba un raudal de sangre, y en todas partes la carne pendia en jirones del divino cuerpo, y no hubo parte de la humanidad del Verbo, en donde no se descubrieran los nervios y los huesos... Aquel espectáculo era realmente horroroso: los verdugos se cansaban y eran sustituidos por otros verdugos; los golpes eran descargados siempre con la misma saña... y Onkelos no cesaba de animarles siempre.

¿Cuánto tiempo duró esta escena? No se sabe.

Corramos sobre ella un velo, porque al considerarla el cuerpo se espeluzna, el cabello se eriza, y el corazon se oprime de tal manera, que parece intenta dejar de latir.

Por otra parte, la pluma del que escribe estas líneas, es impotente para continuar la descripcion de aquel cuadro horrible.

## CAPITULO V.

### La Corona de Espinas.

Y hubo un momento en que el divino Redentor perdió del todo los sentidos, y parecía que iba á exhalar el último suspiro.

Así lo creyó el jefe de los lictores, que presenciaba aquella escena sangrienta, y como no habia recibido orden mas que para azotar al Cristo, temiendo el enojo de Pilatos, si por acaso el Salvador moria, dando un grito imperativo interpúsose entre los verdugos y la sagrada Víctima, y dijo:

— ¡Basta!

Los soldados bajaron inmediatamente los instrumentos ensangrentados de la flagelacion, y suspendieron aquel atroz martirio, á pesar de las sordas instancias del maldito fariseo, que les animaba para que *rematasen* al Salvador de los hombres.

Los verdugos le enviaron una mirada desdeñosa, y se sonrieron con desprecio sin escucharle.

Onkelos mordióse los secos labios, y con inaudito despecho dijo para sí:

— ¡Qué desgracia! ¡De seguro que el tormento de la cruz no iguala al tormento de los azotes!... ¡Hubiera sido para mí un placer sin igual, verle espirar en fuerza de este martirio!

Mientras tanto, uno de los soldados, obedeciendo á la orden del lictor, desató las ligaduras que tenian amarrado el Señor á la columna, y como las fuerzas le faltaban, y como asimismo parecia faltarle tambien el aliento de la vida, luego que Jesús se halló libre de las ataduras que amarrado le tenian, cayó desplomado sobre el suelo. Parecia muerto.

El lictor dió un grito inarticulado; los soldados se quedaron impasibles; Onkelos acercóse á contemplar con verdadera fruicion la sagrada Víctima, y creyéndola muerta tambien, musitó:

— ¡Lo que yo siento es no haber podido atormentarle por toda una eternidad!... Pero ¡bah! Mi enemigo ha muerto, y mi corazon puede respirar mas tranquilo y satisfecho.

Y luego sonrió, con esa sonrisa repulsiva, sangrienta, que un célebre poeta ha puesto en los labios de Mefistofeles, encarnacion de la malicia infernal, y del espíritu escéptico de una nacion que se dice civilizada y culta.

El lictor acercóse con interés á Jesucristo, puso una rodilla en el suelo y la mano sobre el pecho desgarrado del Señor. Aquella mano buscaba el corazon del Mesías, para enterarse de si latia aun, y al observar que la vida no le habia abandonado, pidió un brebaje dispuesto al efecto, para reanimar á los desgraciados que sufrían el castigo de los azotes.

Jesucristo volvió luego en sí; pareció cobrar nuevas fuerzas; pareció animado de nueva vida. Un prodigio se obraba á la presencia de los soldados de Roma: el que supusie-

ran muerto tornaba á la vida, y tornaba con tales fuerzas vitales, con tales alientos, que parecia no haber sufrido ni en parte, el prolongado tormento de la flagelacion. El prodigio no le obró el brebaje que el lictor le hiciera apurar; el prodigio obrólo el amor que abrasaba el corazon de Jesús, aquel amor que no se daba por contento ni satisfecho con lo que habia sufrido, sino que ansiaba nuevos y mas prolongados tormentos, á fin de que los hombres no pudieran dudar jamás del inmenso cariño, que por ellos se atesoraba en el corazon del Cristo Salvador.

El suplicio de la flagelacion habia sido mas duro, mas prolongado, mas cruel de lo que estos suplicios acostumbraban ser, cuando con él se castigaba á los mas terribles criminales. Júzguese del efecto que en la delicada naturaleza de Cristo debia producir, y si era preciso un evidente milagro del amor divino, para, no decimos tornar las fuerzas al cuerpo desangrado del Verbo, sino tambien para tornarle á la vida.

Viendo un resultado tan rápido como inesperado, animóse el lictor en gran manera, y Onkelos que lo observaba con desesperacion, clavándose las uñas en la carne del pecho, gritó:

Otra bolsa de dinero para los que vuelvan á repetir la funcion.

— ¡Piensas tú, judío, — díjole con solemne desprecio el lictor, — que los soldados de Roma nos convertimos en ministros de tus venganzas?

— Pero la sentencia está dictada... — balbuceó Onkelos.

— Tambien está ejecutada.

— Pero... — insistió el fariseo, que por cierto, dominado por la pasion violenta del odio que le animaba, estaba desconocido moral, intelectual y hasta físicamente.

— ¡Basta! — gritóle irritado el lictor, y con una entonación nada pacífica por cierto.

Onkelos tuvo por conveniente callar, mientras que á una escitacion del jefe de los lictores, colocábase en pié á Jesucristo y se le ponía la túnica interior, que como sabemos, era de lana. Aquella túnica pegóse desde luego á las heridas del cuerpo divino de Cristo, y la sangre que de ellas brotaba, corría por encima á lo largo del vestido, hasta regar la tierra.

Uno de los verdugos de Cristo, mirando al Señor tan ensangrentado, echó á Israel este sarcasmo, dirigiéndose á la persona de Onkelos :

— Bueno hemos puesto á tu rey para ser coronado! Mírale: ¿qué te parece su gallarda apostura; qué te parece la majestad que de él irradia por todas partes, infundiendo el mayor respeto?

El fariseo procuró dominar su despecho, como quien sabe entre qué personas se encuentra, y ahogó en el fondo del pudrido corazón la ira que le devoraba, porque conociera la intención con que el soldado de Roma acababa de hablarle. Y procurando sacar todo el partido posible de la alusión intencionada del soldado, afectando un regocijo que no sentía ya, dijo :

— Y es verdad que he prometido regalar una corona á ese que vosotros llamais mi rey... Esperad un momento: la escena será por demás divertida, y ofrecerá nuevos alicientes, para distraer el fastidio que puede causaros este largo asunto.

— ¿Qué querrá decir? — preguntáronse los pretorianos mirándose indecisos.

— ¿No nos dice que esperemos un momento? Pues esperemos, y mientras tanto podremos descansar, — esclama-

maron algunos, tendiéndose en el suelo cuan largos eran, y repartiéndose el dinero que Onkelos les habia regalado por azotar tan fieramente al Señor.

Entre tanto el fariseo salía apresuradamente del pretorio, dirigiéndose á la gran plaza, donde esperaban el resultado final los enemigos del Salvador.

— ¿Qué hay? — preguntáronle Caifás y su suegro, con verdadero afán, ganosos de conocer los detalles de la flagelación.

— Los pretorianos se han cebado en él de una manera que no podia esperarse. El Nazareno vive, porque el maligno espíritu le presta fuerzas, pero á pesar de todo, se halla tan poderosamente desfigurado, que no le conoceríais.

— Y ¿qué tal? ¿Ha sido divertida y sabrosa la escena de la flagelación? — preguntó Eleazar.

— ¡Oh! — dijo Onkelos, abriendo desmesuradamente los ojos, como si con aquella mueca quisiera espresar lo que no tenia palabras para referir.

— Y la flagelación ¿ha sido á lo hebreo ó á lo romano? insistió el hijo de Anás, que nunca se cansaba de preguntar.

— Amigo Eleazar, — contestóle el fariseo, — no es hora de entretenernos en torpes divagaciones y en cosas que no tienen aplicación, y que solo bastan para apagar la curiosidad. Yo he salido aquí, no para contestaros, sino para pedir os que mandeis inmediatamente un hombre al valle de las espinas, que se levanta al norte de la ciudad.

— ¿Y qué debe hacer allí? — preguntó Caifás.

— Llevar sin pérdida de momento la rama del espino que halle mas llena de puntas aceradas.

— ¿Para qué? — preguntó Caifás otra vez.

— Para coronar al rey... de los judíos : — contestó Onkelos sonriendo como debe sonreirse el diablo.

La ocurrencia de Onkelos fue recibida con universal aplauso. Poner una corona de espinas al que ellos acusaban de pretender la corona de Judá, era por cierto un nuevo y violento sarcasmo, sarcasmo que creían caía sobre Jesús, y que sin embargo solo caía sobre el pueblo y la nación de Israel.

Y se mandó inmediatamente uno de los herodianos al valle de las espinas, que se levantaba al norte de la ciudad, no muy distante de la deicida Jerusalem. Este vil apéndice de los pontífices, como si fuera llevado en alas del mismo demonio, llegó con una rapidez increíble al valle en cuestión, buscó una larga rama de espino, llena de aceradas puntas, arrancóla de un tiron del arbusto, y sin detenerse un momento, tornó á la ciudad con la misma velocidad que al salir de ella llevaba.

Onkelos entró de nuevo en el pretorio para entretener á los soldados, mientras esperaba al que debía regresar con la rama fatal del espino, que los hebreos llamaban *Atad*, y que los árabes llaman aun en el día *espinas de Cristo*.

—¿Dónde está la corona que regalas á tu rey?— preguntaron los soldados á coro al fariseo.

—Tened un poco de paciencia. Un amigo mio acaba de ir por ella, y no pasará mucho tiempo sin que la tengais en vuestro poder:— contestóles Onkelos con visible complacencia.

—Á la verdad;—dijo el decurion;—consiento en tener paciencia, solo para tener el placer de poder mofarme de vuestro pueblo, y segun es el afan que demuestras por vengarte de Jesús, presiento una nueva y divertida escena; escena tanto mas divertida para nosotros, quanto matarémos el tiempo á costas de un hebreo.

La ruda y desdeñosa franqueza del decurion, hirió de lle-

no la susceptibilidad y el tan cacareado patriotismo del fariseo, pero no por eso atrevióse á demostrar al romano el mal efecto y la humillacion que le causarían aquellas tan denigrantes palabras. Ya en otra parte hemos dicho que dentro del pretorio el fariseo estaba del todo desconocido. Dominado completamente por la pasión de la venganza, estaba ciego, estaba sordo, se hallaba impotente para todo lo demás. El fariseo, si se nos autoriza la espresion, dirémos que era la máquina del odio, puesta en movimiento por los vapores de la ira, y produciendo solo el fuego de la mas innoble, de la mas repugnante venganza. De esta manera solo se explica que Onkelos perdiera de improviso la altivez de su carácter, la claridad de su talento, y la arrogante y fiera espresion de su tiránica independencia; de este modo solo se explica que fuese en el pretorio el maniquí de los soldados de Roma, y que sufriera las humillaciones que su persona y su patriotismo sufrían por necesidad.

Otro soldado preguntó al fariseo, casi al mismo tiempo que el anterior:

—¿Dónde está el dinero que nos hemos ganado, descubriendo todos los huesos del Nazareno?

—No os faltará.

—Mas vale un toma que dos te daré.

—Si mas dinero hubiese llevado, mas os diera desde luego, y como no he ido á mi casa, no puedo haber recogido las cantidades que os adeudo.

—Yo te encargo que no te olvides de ello.

—Si os falto á mi palabra, tratadme como habeis tratado al Nazareno. ¿Qué mas puedo deciros?

—Á fe mia que no sé lo que mas hubiera de divertirme, si despedazarte á golpes, ó cobrar de tí una cantidad para

hacer alguna libacion á mi deidad favorita, al dios que es la alegría del soldado.

—¿Tan mal te he tratado?— preguntó Onkelos, como pretendiendo recriminar al pretoriano.

—Mal no, pero á decirte la verdad, eres uno de los hebreos á quien no miro nunca, sin desear que el Pretor te ponga en nuestras manos por algunas horas. Para vosotros es muy dulce la venganza, para mí seria mas dulce aun poderte desollar oyendo tus desesperados gritos de rabia, y riéndome cuando tú maldijeras!...

Onkelos en extremo humillado, bramando de coraje, pero esforzándose por ocultarlo dentro de su pecho, apartóse de allí, para ir á contemplar al divino Jesús, que tendido en un ángulo del atrio, con los brazos caidos, la cabeza inclinada y todo el cuerpo vertiendo sangre á raudales, respiraba con fuerza y temblorosamente.

Los mismos verdugos, que tal le dejaran, si acertaban á poner en él los ojos, mirábanle al parecer con piedad. Onkelos, encarnacion de la implacable venganza, cruzóse de brazos delante del Señor, y dejando vagar una sonrisa asquerosa y fiera por sus labios, le estuvo contemplando por largos momentos.

Aquel espíritu infernal gozaba entonces lo que no es decible. Pasaron largos momentos; el fariseo continuaba insultando la amargura del Redentor divino con su implacable y fiera sonrisa. Jesucristo entregado á su vivísimo dolor, proseguia respirando con fuerza y temblorosamente.

Aquella situacion no podia prolongarse por mas tiempo, y Onkelos halló una palabra para terminarla.

—¿Me conoces?— dijo sin dejar de sonreir:—yo soy el alma que ha dado fuerza á los brazos que tal te han dejado; yo soy el pensamiento que ha ideado la máquina

de mi venganza, que á tal situacion hate reducido: ¿Me conoces?... Mírame bien: yo soy aquel fariseo tantas veces aludido por tí; yo soy uno de aquellos á quienes llamabas sepulcros blanqueados; yo soy el espíritu implacable que te juró una venganza fiera, que te juró devolverte en tormentos y en vergüenzas todos los sinsabores, todas las humillaciones que me hiciste sufrir... ¿Me conoces ahora? Yo soy Onkelos, el implacable Onkelos, tu eterno enemigo Onkelos... ¿Me conoces, mala bestia, ¡dí! me conoces ahora?

Jesucristo sufría los apóstrofes satánicos que el fariseo le estaba dirigiendo, con la misma resignacion, con la misma mansedumbre con que sufriera los mas duros tormentos. Compadeciendo al fariseo, rogaba por él al Padre eterno, y le ofrecia los agravios que recibiendo estaba, para la salvacion del mundo, objeto único y exclusivo de su voluntario martirio.

La noble actitud del Señor irritó en gran manera al fariseo, que no pudiendo contenerse ya, y ganoso de llevar sus insultos al terreno de los hechos, dióle con furia dos ó tres veces con el pié en el divino rostro, del cual apenas la sangre empezaba á restañarse, despues de la escena cruel de la flagelacion.

El puntapié de Onkelos abrió de nuevo las heridas del rostro del Salvador, y aquellos piés infames; aquellos piés indignos, hasta de pisar una tierra que fuese maldecida por Dios, tiñéronse con la divina sangre del Rey de la gloria, del Hijo del Eterno, del Salvador de los hombres.

Los soldados advirtieron el infernal entretenimiento de Onkelos, y mas bien para mortificarle, que para aliviar á Jesucristo, le gritaron:

—Mientras tú te diviertes nosotros nos fastidiamos, ju-

dío. Nos has prometido una corona para tu rey, y léjos de pensar en cumplirnos tu promesa, te vemos agradablemente entretenido en magullar á tu monarca. Por Venus la del puerco, que la paciencia se nos acaba, y que vamos sospechando si la promesa de la corona será un pretesto, para que nosotros te permitamos hacer el oficio de verdugo.

—¡Ja! ¡ja! Un rabino, todo un doctor de la ley, todo un juez del gran Sanhedrin convertido en verdugo!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

Onkelos acercóse sonriendo á los soldados que le hablaban. Sonreía, porque en aquel momento la sonrisa parecía haberse helado en sus labios, pero no sonreía sino que bramaba su negro, su pudrido corazón; su corazón al cual convertía en pavesas la ira que dentro de él ardiendo estaba.

Á la verdad, si Onkelos no se hallara poseido tan por completo del maligno espíritu, á buen seguro que mirándose con ojos desapasionados, hubiera preferido representar antes el papel de víctima que el que estaba representando. Á estar en su juicio, considerando lo que hacia hubiera muerto de vergüenza, por poca que tuviera.

Y llegando á los verdugos, con su eterna sonrisa les preguntó:

—¿Me decíais algo?

—¿Qué? ¿No lo has oído?... Te decíamos si lo de la corona habia sido un pretesto para pasar el tiempo, y á fin de que nosotros te permitiésemos entretenerte en aquel juego en que te entretenías, tan digno de un rabino por lo menos, como endilgar un discurso sobre vuestra endiablada ley.

—¡Yo engañaros!... ¡Yo pretender matar el tiempo, cuando los momentos que tardo en verle colgado de una

cruz se me hacen siglos!... ¡Yo matar el tiempo con pretestos fútiles, cuando ardo en deseos de verle espirar entre los mas atroces tormentos!...

—¿Pues qué tarda en venir esa corona?—guturaron algunos.

—La corona ¡Ah! sí, es verdad; ya lo tenia casi olvidado... Esperad, voy á ver si la han traído.

—Te encargamos que no pierdas la memoria, y que recuerdes que á nosotros no nos gusta mucho esperar;—dijéronle algunos gritando, cuando vieron que el fariseo se dirigia apresuradamente á la puerta del palacio, que daba á la plaza donde los enemigos de Jesucristo se hallaban amotinados.

Cuando estuvo fuera, el decurion dijo á sus subordinados:

—¿Habeis visto nunca cosa mas vil y repugnante que ese judío?

Uno de los pretorianos escupió en tierra, para denotar cuánto desprecio por él sentia. Otro con voz ronca y vino-sa exclamó:

—Es una taza de veneno. Líbrenme los dioses de recibir sobre mi brazo su baba emponzoñada, porque pensaria morir como un perro rabioso.

—¡Pero nos paga!—gritaron algunos.

—Si no fuera así, ¿habria nadie de vosotros capaz de sufrir por un momento siquiera sus nauseabundas imper-tinencias?—preguntó el decurion.

—¡Lo dicho!—exclamó escupiendo otra vez en tierra, el que lo habia hecho poco antes.

Los soldados tradugeron en todo su valor el acto despreciativo de su compañero de armas, y lo celebraron de consuno, unos escupiendo, y riendo todos.

—No merece mas toda la Judea:—dijo el decurion riéndose tambien.

—Sí, sí; algo mas merece, y á buen seguro que se lo daremos á no tardar:—guturaron algunos soldados, presintiendo de lejos la tempestad que el Eterno formaba sobre el horizonte de la nacion proterva, valiéndose como de instrumento, de la orgullosa, de la avasalladora Roma.

Y esta conversacion sosteniendo se hallaban entre sí los pretorianos, cuando Onkelos penetró de nuevo en el atrio. Su aire era de triunfo; su ademan lleno de orgullo y de fina complacencia. Onkelos, olvidándose por completo de su carácter de hombre, en fuerza de su espíritu de venganza, que empequeñecía, por no decir anulaba todas sus facultades intelectuales, traia algo en una mano, que lo ocultaba, poniendo de por medio sus espaldas, y el ancho y flotante manto que las cubria.

—¡Ya está ahí!—gritaron los soldados poniéndose en pié, y acercándose á Onkelos llenos de curiosidad.

—¿Dónde está la corona?... ¿Dónde está la corona?...

—Os he preparado una sorpresa agradable...

—¡La corona; la corona!...—gritaron otra vez los pretorianos, sin dejarle terminar la frase.

—¡Héla ahí!—dijo Onkelos en son de triunfo, agitando en el aire la rama de *atad*, poblada de largas, numerosas y aceradas espinas.

Y creyendo haberles dado una gran sorpresa, mirábales con un aire de triunfo que irritaba. Los romanos se miraron como preguntándose si aquel judío se mofaba de ellos, porque de improviso no acertaron á penetrar la proterva intencion del malvado fariseo.

—¿Qué es eso?

—¿Te burlas de nosotros?

—¡Miserable!...

Todas estas voces y muchas mas oyó el discípulo de Hillel, mientras que observaba en los pretorianos ademanes nada tranquilizadores, porque al parecer se hallaban dispuestos á probar al judío, que no eran hombres que tuvieran paciencia para sufrir bromas de ninguna especie, y mucho menos si aquellas bromas partian de un judío, contra cuya nacion ya hemos visto la saña que les animaba, y el humillante desprecio que por ella sentian.

—¿No me entendeis?—preguntó Onkelos con extrañeza á los pretorianos.

—¡La corona, la corona!—siguieron gritando los soldados de Roma, con voces mas amenazadoras á cada momento.

—¡La corona!—gritó otro con voz estertórea;—ó si no harémos para tí una de esa rama de espino.

—Pues esto es lo que os traigo para el Nazareno.

—¡Una corona de espinas!—murmuraron los pretorianos viéndose sorprendidos, y como indecisos acerca de si debian abofetear á Onkelos, ó darle un cordial abrazo.

—¡Sí, una corona de espinas!—contestóles el fariseo, haciendo un esfuerzo supremo por parecer tranquilo.

Y viendo que los soldados continuaban en su indecision, aquel espíritu orgulloso y altanero, aquel senador de Israel, que tan alto ponía con la lengua su patriotismo, descendiendo á la última esfera de la humillacion, con voz melosa por el miedo continuó:

—¿Pues qué? ¿Hay cosa mas digna del que vosotros llamais rey de Judá, que una corona de espinas?... Yo creia sorprenderos agradablemente, y veo que me he equivocado!

Los soldados de Roma, que no eran muy fuertes en punto

á interpretaciones y deducciones, conociendo la burla que debia redundar á la nacion hebrea, si coronaban de espinas al que ellos y muchos judíos llamaban rey de Israel, soltando una de esas carcajadas que han venido á llamarse homéricas, dijeron:

— ¡Y es verdad! ¡Una corona de espinas en las sienes del rey de Israel, es una corona digna de tal nacion y de tal rey!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... Venga, venga.

Y alargaban todos los brazos para coger la rama de *atad*, que Onkelos seguia agitando en el aire.

— ¡Trae eso! — guturó con fiereza un soldado, impacientándose y agarrando el brazo del fariseo: — ¿piensas acaso que somos unos niños á quienes se hace rabiar enseñándoles un juguete?

— Es que la corona debe hacerse: — dijo el fariseo.

— Al rey de Israel, y á la nacion de Judá, solo Roma tiene derecho para labrarles una corona de espinas, que se les claven hasta el fondo del espíritu de vida.

— ¿Tanto mal os ha hecho mi nacion?

— ¡Tu nacion! ¿No recuerdas que sois una provincia del imperio? Esclavos habeis de ser, y no desconfio de veros antes de morir coronados y clavados en una cruz como verémos á vuestro rey.

— No digas *vuestro rey*, sino ese que dijo ser rey de los hebreos; — suplicóle Onkelos bastante amostazado.

— Lo mismo da. Los soldados romanos le coronarán de espinas para mofarse de todo Israel... Y ahora venga esa rama de espino, porque, como ha dicho muy bien uno de mis pretorianos, á tal rey y á tal nacion, solo Roma tiene el derecho de coronarles con una rama de *atad*.

Esto dijo el decurion, tomando de las manos del confundido Onkelos el ramo espinoso que en ellas traia.

Y en aquel momento los soldados romanos empezaron á tejer y á entrelazar los diferentes ramos del espino, formando con ellas una especie de casquete que, á modo de corona imperial, cogiera toda la divina cabeza del Salvador. En esta operacion pasaron algun tiempo, y como las espinas que no debian perdonar la cabeza de Jesucristo tenían condiciones para herir tambien las manos de los que las manoseaban, algunos de los pretorianos sacaron de la operacion las manos ensangrentadas y profundamente doloridas.

Las burlas durante aquellos momentos se multiplicaban, siendo objeto de ella, tan pronto el divino Salvador, como la nacion deicida, y muchas veces el feroz Onkelos: aquel espíritu inmundo encarnado en un hombre, mordíase los labios, porque los soldados no perdonaban nada de cuanto pudiera mortificar y producir hondas humillaciones al fariseo. Y este no podia ni reprenderles, ni acusarles, y mucho menos quejarse, porque entonces los motivos de su queja hubieran sido mayores, puesto que hacerle rabiar y humillarle era para los pretorianos un placer, por lo menos tan grande como el que sentian atormentando á Cristo.

La corona, por fin, quedó terminada, y sin duda que el mismo diablo debia dirigir las manos de los que la trabajaban, porque se hallaba dispuesta de tal modo, que ni una parte de la sagrada cabeza podia quedar sin ser herida, luego que los seres desapiadados, que intentaban ponerla á Jesús, llevaran su intento á vias de hecho.

Las espinas se cruzaban por todas partes, y dirigian sus aceradas y flexibles puntas hácia todas direcciones, de modo que clavadas en la cabeza del Salvador, iban á formar en ella una red igual á la que forman las múltiples raí-



ces de un árbol, extendiéndose y ramificándose por el suelo.

Instrumento cruel; idea infernal había sido aquella! Con verdad llamaban las profecías á Cristo el *hombre de los dolores*, porque no debía existir ningun dolor que El no lo sufriera en el mas alto grado de su intensidad; no debía quedar parte sana en el divino cuerpo, que se inmataba, que se ofrecia todo por la salvacion de los hombres.

Será tal vez una excentricidad, pero yo no sé porque se me figura ver en la corona imperial del rey de Prusia un casquete parecido al de espinas, que los pretorianos labraron para Cristo. Verdad es que Gillermo lleva de oro y pedrería la corona, pero ¿no trabaja acaso una de espinas para la Iglésia de Jesucristo?

Cuando aquel instrumento cruellísimo de dolor estuvo concluido, los soldados le examinaron con detencion, y quedaron en extremo satisfechos de su obra, porque como instrumento de suplicio era inmejorable.

—¡Una corona como esta quisiera yo poner en la cabeza y en el corazon de todos los judíos! Entonces mi gozo seria completo: — baluceó un soldado junto á Onkelos, mientras los demás pretorianos miraban intencionadamente y sonriendo al fariseo.

Este hizo como que no hubiese oido la implacable especie que el soldado acababa de verter, y gritó:

—¿Qué tardais ya en coronarle?

—¡Vamos allá! ¡Vamos allá!...—exclamaron los pretorianos con infernal regocijo como el que dominaba á Onkelos, pues este tenia la seguridad de que iban á coronar de espinas al Salvador, mientras que aquellos pensaban simplemente atormentar á un israelita.

De improviso el que llevaba la corona como en triunfo, paróse y exclamó:

—¿Y no seria mejor que le sentáramos en un trono, y le pusiéramos un manto de púrpura, antes de coronarle? De esta manera la funcion seria completa, y la escena tendria mas peripecias.

—Dices bien;—gritaron muchos:—para que los soldados de Roma coronen al rey de Israel, es preciso que el rey de Judá se presente con toda la pómpa y majestad que su elevada posicion requiere.

Esto mortificaba mucho á Onkelos, pero el miserable no tenia mas remedio que aguantar, ó irse de allí, y para irse deseaba con demasiada pasion presenciar uno á uno los infinitos tormentos que sufriera el Redentor.

Mientras tanto los soldados colocaron en mitad del atrio un asiento de madera, cubriéronlo por mofa con un trapo súcio y hecho jirones, y cuando todo lo tuvieron dispuesto así, pusieron sobre las espaldas de Jesús el manto con que Herodes hábale remitido á Pilatos, para darle á entender que lo tomaba por un loco, y que como á tal solo el desprecio merecia.

Y con grande algazara, y con insólido ruido, acompañaron al vacilante Jesús hasta el centro del atrio, formando los soldados á una y otra parte, como si le dieran una guardia de honor. Otros soldados marchaban á sus espaldas, fingiendo unas veces un ademan marcial, y otras tomando posturas grotescas, y haciendo visajes ridículos, que eran siempre saludados por la ilaridad de los pretorianos, con una salva de ruidosas y estridentes carcajadas.

Onkelos cuando consideraba la situacion de Cristo, pensaba morir de alegría, pero si recordaba la intencion de

los pretorianos en todas aquellas burlas, pensaba morir de rabia.

Y llegaron al trono de mofa, que tenían preparado al que se sienta allá en el cielo en el trono de la luz y de la gloria.

—Siéntate, ó rey de los judíos:—gritaron los soldados del pretorio, mientras que el mas atrevido y cínico de ellos obligábale á sentarse, poniéndole entrambas manos sobre los hombros desgarrados por la flagelación, y dándole un empuje, que obligó á doblarse á las rodillas del Cristo.

Y Jesús quedó sentado sobre aquella especie de asquerosa y denigrante banqueta, cubierto por el ancho manto que pusieran sobre sus espaldas los malvados sayones.

—¡Empiece la ceremonia!—aulló el que al parecer capitaneaba á los pretorianos en aquella escena de horror y de llanto.

Jesucristo tenía ligeramente inclinada la cabeza á un lado, y le obligaron á erguirla. Para ello uno de los verdugos se la tenía fuertemente apretada con entrambas manos, hundiéndole las uñas en las llagas recién abiertas, que aun chorreaban sangre, merced á la brutalidad del fariseo su implacable enemigo.

—¿Qué tardas?—guturaron los verdugos de la mas noble, de la mas inocente de las víctimas.—Ministro del imperio romano, coloca la corona sobre las sienes del rey de Israel.

En este momento, el aludido, que desde un principio llevaba en las manos la corona de espinas, acercóse con afectada gravedad al Redentor del mundo, y haciendo un esfuerzo supremo para contener la risa que le causaba aquella escena, para él tan cómica y grotesca, dijo:

—Jesús de Nazareth, yo, ministro del imperio universal de Roma, en nombre del emperador, te coronó por rey

de Judá. Recibe este presente inestimable que te hacen los admiradores de tu valor, de tu nobleza y de tus virtudes, llévalo con dignidad, y procura que tú y tu pueblo seáis dignos de ella.

Y diciendo esto puso aquel instrumento doloroso en la cabeza del Salvador, que al sentir las aceradas espinas sobre las abiertas heridas, aspiró con fuerza una bocanada de aire, arrugó los músculos de su rostro, y suspiró sin casi abrir la boca. ¡Oh! el nuevo suplicio á que se le condenaba, era verdaderamente un suplicio digno de la obra de la redención; era un suplicio que estaba á la altura del amor de Jesucristo por los hombres, si así se nos permite hablar.

Los soldados dijeron entonces:

—Prestémosle vasallaje; seamos los primeros en tributarle los honores debidos á tan gran majestad.

Y ya se disponían á verificar lo que de insinuar acababan, cuando uno de los pretorianos, dándose una palmada en la frente, exclamó procurando contener la risa:

—¡Calle! ¡Pues no nos olvidábamos del cetro! ¡Por Marte y por Belona que el olvido era de importancia!... No, no; á tan gran rey no puede faltarle un cetro para regir su imperio.

Y dicho esto salió corriendo, y acordándose que Herodes había dado al Redentor una caña por cetro, fué al lugar en el cual hallaran el manto con que vistieran á Jesucristo, recogió la caña y apresuradamente volvió al atrio, donde los demás pretorianos esperaban la llegada de su compañero, para dar comienzo á la escena de tormentos, de burlas y de dolores que aguardaba al Rey de la gloria.

El soldado entró en el atrio, agitando la caña en el aire, y gritando con toda su fuerza:

— ¡El cetro! ¡El cetro!...

Y los pretorianos, para quienes la ocurrencia de su compañero tenía mucha gracia, riendo y gritando dijeron también:

— ¡El cetro! ¡El cetro!...

Y mientras que unos aplaudían calurosamente, y otros seguían atronando los aires con sus gritos estertóreos, los más seguían riendo y entregándose á todas las expansiones de salvaje alegría, naturales en personajes de la índole de los pretorianos.

Y el que llevaba la caña, llegando á Jesucristo, y poniendo los ojos en la corona de espinas, dijo:

— Pero ¿no observais que un soplo de viento puede arrebatarse la corona al rey de Judá? Roma es quien le ha coronado, y Roma debe afirmarle la corona de tal manera, que dure tanto, cuanto dure la testa nobilísima que la lleva.

Y acercándose á Jesucristo, dió con fuerza algunos golpes con la caña sobre la corona que cubría la cabeza del Señor. Aquellos golpes fieros obligaron á las espinas á hundirse en la sagrada cabeza, y eran tantas las que se hundieron, y las que fueron á ocultarse entre la piel y la carne de la cabeza de Jesús, y fue tan intensa, tan viva, tan terriblemente dolorosa la impresión que recibió el Salvador, que, á no sostenerle la infinita fuerza del amor que nos profesaba, allí mismo hubiera su corazón dejado de latir; allí mismo hubiérase apagado la lámpara de su vida, para trepar la llama á la gloria inmarcesible, que por amor á los humanos dejara treinta y tres años antes.

Y viendo el efecto que la brutalidad del soldado producía en Jesucristo; y viendo sufrir tanto al Señor; y observando que las flexibles y aceradas puntas de las espinas de la co-

rona, entrando por las sienas y por la parte superior de la frente rasgaban la divina carne, y salían unas por un lado y otras por otro, haciendo brotar raudales de sangre y exhalar profundos suspiros al Cristo Dios, observando, digo, esta incomprendible crueldad, á todos los pretorianos les vino deseos de hacer lo mismo, y estos con palos, y aquellos sirviéndose de otros instrumentos, todos daban con furia en aquella sagrada cabeza... Y las espinas de la corona se ocultaron todas en la carne divina, sin que quedara una que no se hallase oculta; que no hubiese rasgado en varios sentidos aquella cabeza, que en el cielo es la fuente de la gloria, y que en la tierra era el manantial de la sangre y los dolores.

El Padre Eterno corrió en auxilio de su Hijo Unigénito, y le sostuvo: recordóle el propósito divino de morir en una cruz para la redención del mundo, y solo este recuerdo fue capaz de sostener la vida en la naturaleza humana de nuestro atormentado Cristo.

Y hubo veces en que el dolor era tan intenso, que Jesús solo vivía por un milagro de su inmenso amor. Pensaba desmayarse, y necesitaba en aquellos momentos recurrir á la fuente de sus ternuras inagotables, para continuar sintiendo los tormentos, con toda la plenitud de sus facultades.

Las espinas que salían fuera por un extremo, y que ocultaban el otro extremo en la carne divina, todas tenían en la punta una gota de sangre. ¡Cuántas cosas decía aquella gota de sangre á los cielos y á la tierra!... Los ángeles lloraban porque comprendían todas aquellas cosas; mostrábanse insensibles los hombres porque no comprendían nada!... ¡Ah! la humanidad estaba ciega y era sorda á todo sentimiento tierno, á todo sentimiento noble, á toda grandeza digna del alma!

Los pretorianos se cansaron, por fin, de golpear la cabeza sacratísima de Cristo, y como por otra parte la cruel corona hallábase tan hundida como era posible en la cabeza del Señor, dejaron aquel horrible entretenimiento, y se dispusieron á pasar á un nuevo órden de suplicios, que si no debia ser tan cruel para la humanidad del Cristo, debia ser mas sensible aun para la divinidad del Salvador.

—Vamos;—dijo el que inaugurara aquel cruel entretenimiento;—Roma ha afirmado ya la corona en la cabeza del rey de Judá, y es hora de entregarle el cetro, y de rendirle los debidos homenajes.

Era costumbre por aquellos dias en Oriente, besar la frente de los reyes despues del acto solemne de la coronacion, y en seguida saludarle rindiéndole los homenajes debidos por el vasallo al soberano. Aun hoy dia se conserva esta costumbre, aunque algo desnaturalizada y corrompida. Los soldados romanos, pues, mas por desprecio al pueblo judío, que por odio que tuvieran á Jesús, se propusieron en aquel momento parodiar horriblemente las ceremonias de la coronacion de un monarca.

Onkelos lo comprendió de la misma manera, y para evitarse la humillacion y el sonrojo consiguientes, y deseando desahogar en otros la rabia que se replegaba en el fondo de su pecho, por mas que el odio que tenia á Jesucristo le aconsejara que permaneciese en el pretorio, un resto de dignidad arrojóle violentamente y ciego á la plaza, donde sus amigos se hallaban reunidos, trabajando por concitar mas y mas las iras del pueblo contra el Señor de todo lo criado.

Los príncipes de la sinagoga habian observado en una parte de la multitud, tendencias á libertar al Cristo, y como le odiaban tanto, pusieron todos sus esfuerzos para

conseguir, que los enemigos del Salvador insistieran en su malvado propósito de pedir la muerte de Jesús á Pilatos.

Y como que el gentío era mucho, la obra no era por cierto de pocos momentos, y en ella trabajaban con un afán, con una solicitud digna por cierto de mejor empresa.

Mientras tanto, los pretorianos habian colocado ya en la mano del Cristo la ensangrentada caña, que sirviera para herirle la cabeza, y le decian:

—Toma este cetro, rey de Israel; este cetro que pone Roma en tus manos, para que uses con justicia de tu poder sobre los judíos, y te hagas respetar como un tan gran rey merece ser respetado de una nacion tan floreciente.

Y despues volviéndose para buscar á Onkelos, y observando que habia desaparecido, dijeron:

—¿Dónde está aquella víbora? Yo deseaba aplastarle la cabeza, despues de haberle obligado á formar una gran cantidad de veneno.

—¿Ha desaparecido?—preguntaron otros.

—Tal vez pretenda regatearnos ahora las cantidades prometidas, pero por Caco le juro, que ó esas cantidades vendrán á nuestro poder, ó yo las cobraré con usura buscándole el corazon dentro de sus entrañas:—gaturó otro pretoriano, que por la decision que demostraba, hallábase al parecer resuelto á llevar á cabo lo que acababa de decir.

—Eso corre de mi cuenta, amigos:—dijo el decurion á sus subordinados.

—Que no se te olvide, pues:—gaturaron algunos, mientras que otros decian acordándose del Cristo Dios:

—Pero y el rey de Israel, ¿lo dejamos olvidado ya? ¿Trabajábamos solo para dar gusto á la víbora que acaba de salir?

— ¡Por Marte, que no! El es el que paga, pero nosotros trabajábamos ante todo para hacer rabiarse al fariseo. No se convierte Roma en instrumento de un despreciable judío.

Otro dijo :

— ¿Dónde nos hallábamos de la ceremonia de la coronación?

— En la escena del vasallaje. Mirad con qué majestad se sienta el rey de los judíos en su magnífico trono ; mirad con qué arrogancia lleva la corona incrustada de rubíes ; mirad con cuánta majestad sostiene el cetro con que debe regir los destinos de su ilustre pueblo !... ¡ Oh rey de Israel ! ¡ Cuán hermoso es tu aspecto , y cuán grave y terrible tu suprema majestad !...

Y diciendo esto el cruel soldado , acercóse al Salvador haciendo ridículos y grotescos visajes , y como que fuera á darle el beso de que hemos hablado más arriba , descargó sobre las divinas mejillas un furioso puñetazo... Después con fingida gravedad se retiró haciendo acatamientos , poniendo la rodilla en el suelo , y arrojando al rostro del Salvador el inmundo esputo de su boca maldita.

Aquellas gentes mercenarias , que solo vivían para matar , eran animales de imitación , así es que los demás soldados hicieron poco más ó menos lo mismo que el anterior , esceptuando alguna que otra vez en que alguno tomaba con violencia la caña de las manos de Cristo , y la sacudía con furia sobre la cabeza de Jesús.

El Señor estaba sufriendo lo que es imponderable , pero lo que sufría , al par que atormentaba tan atrocemente su cuerpo , desahogaba en gran manera el fuego amoroso que ardía en su inmenso corazón , fuego acumulado allí por la bondad divina , y que buscaba medios para desahogarse , para esparcirse por toda la tierra , para regalar á los hombres con las dulzuras y las finezas de su cariño inmenso...

y estos medios no eran otros , no podían ser otros que los tormentos , medios tanto mejores , cuanto los tormentos eran más intensos , más vivos , más dolorosos... Por esta misma razón el corazón de Jesús , enamorado de los hombres , mientras que estos acumulaban atroces martirios sobre él , hallábase más á placer , más en su centro , más en la plenitud de sus goces , puesto que goces eran para él las pruebas irrefragables de amor que daba á los humanos ; á los humanos que ingratos , tan mal correspondían á las finezas divinas!

Á buen seguro que el lenguaje que empleamos no será comprendido por algunos espíritus frívolos , para quienes ni el amor calienta , ni el sentimiento alienta , ni la grandeza inspira , ni germina en el fondo de sus almas el secreto que produce los nobles y generosos arranques. Estos tales no sabrán comprender el por qué Jesucristo gozaba en el fondo de su corazón tanto más , cuanto más en su humanidad sufría , pero á parte de que semejantes hombres , (que de hombres solo tienen la figura) , deben inspirarnos más lástima que desprecio , preguntaremos : ¿ qué tiene de extraño que el sacrificio de Jesucristo se nos haga incomprendible , si el amor que inspiraba este sacrificio es infinito , está muy por encima de la comprensión de todas las criaturas , y solo Dios puede estimarle en su justo valor?

Ó se ha de negar la encarnación del Verbo divino , y se han de negar también los terribles episodios de la dolorosa pasión , descrita tan inspiradamente por los cuatro Evangelistas , ó se ha de confesar que es imposible que un hombre sufra los tormentos que padeció el Señor , si este hombre no se halla animado por un amor y una resolución del todo divinas , amor que le sostenga y dé fuerzas , hasta que llegue el momento en que los verdugos agoten el re-

pretorio de los martirios; resolucion que le impulse sin vacilar un instante, á abrazarse con aquellos tormentos, con aquellos martirios, con aquellos dolores, capaces por sí solos de dejar sin vida á toda la humanidad.

El amor divino, pues, que impulsaba al Redentor, que le sostenia, que conservaba en su humanidad sacratísima la llama de la vida en medio de tantos martirios, es un misterio como Dios; es incomprensible como Dios; es infinito y grande como Dios, y es tan cierto como Dios. ¿Qué tiene de extraño, pues, que Dios quisiera sufrir lo que ningun hombre habia sufrido, lo que ningun mortal sufrirá nunca? Solo los espíritus que han elevado en su corazon un altar á su detestable egoismo; solo los espíritus frívolos y superficiales que nada quieren creer de cuanto se les figura imposible, por sola la razon de que ellos son incapaces de intentarlo; solo esos espíritus que reniegan de sí mismos, y que al parecer les importa poco verse despues de muertos, arrojados á un muladar, ó ser sepultados en la fosa de los hombres, solo estos espíritus pueden tachar de incomprensible el lenguaje que hemos empleado, para describir los sentimientos que agitaban el corazon del divino Redentor, mientras su precioso cuerpo era objeto de los martirios mas refinados, de los tormentos mas crueles, y tormentos y martirios que por su crueldad y grandeza paralizan los latidos del corazon, y producen el vértigo á la cabeza mas firme y despreocupada.

¡Oh amor de Dios, que siempre serás para nosotros un misterio!, porque formas parte de la naturaleza divina! Si los hombres no te comprendemos, haz que sintamos tus efectos; haz que tu llama sagrada arda en nuestros pechos; haz que tu fuego amoroso abraza el mundo, y purifica la tierra con tus ardores, y levanta á tí los corazo-

nes de los hombres tibios y que te desconocen, para que vivan entre nosotros la felicidad y la paz, como preludio de la paz y felicidad eterna que se goza con tu posesion en la gloria inmarcesible de los cielos!

Los soldados del pretorio se cansaron, por fin, de atormentar á Jesús, y de mofarse de él. Dejaronle entonces.

El Redentor se hallaba tan completamente desfigurado, que su misma inmaculada Madre solo le conociera por la atraccion que sobre ella ejercia la naturaleza divina del Hijo; se hallaba tan oprimido por los insufribles tormentos que sentia, que á la verdad solo una calificacion le era propia. Esta calificacion se la aplicara el profeta muchos años antes, cuando dijo de él que seria el *hombre de los dolores*.

## CAPITULO VI.

¡Eccé Homo!

Las palabras de Cornelio, los misteriosos terrores que affligian á Claudia, y mas que todo el grito de su conciencia, que acusaba de cruel y de injusto al pretor, tenian á Pilatos sumergido en un parasismo para él inesplicable. Pasaban los momentos y el esposo de Prócula solo en el salon del tribunal, tenia miedo á no sé qué misteriosos presentimientos que le amenazaban.

Y en esta absorcion profunda, en este parasismo, en esta especie de lucha, ó de no sé qué de terrorífico, estuvo